

UN PROYECTO DE
Jacana

Seis historias de atletas
que se ponen la camiseta

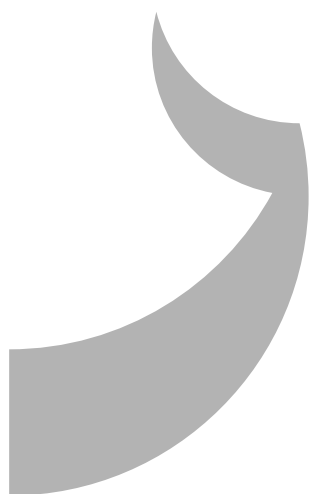
6

cuentos olímpicos



ANALÍA JUAN

ILUSTRACIONES
JULIO ENRIQUEZ



jacana

Atletismo

Sabemos que los cuentos durante la niñez generan vínculos entrañables y es una manera maravillosa de conocer el mundo. Si buscamos libros infantiles sobre princesas o superhéroes encontraremos miles. En cambio, si la búsqueda es sobre atletas, probablemente sean pocos.

Desde **Jacana** queremos despertar en las infancias el interés por el deporte y facilitar el encuentro con las distintas disciplinas del atletismo.

Acercar nuevos mundos posibles.

Por eso, esta selección de cuentos busca mostrar el acceso al deporte desde las historias cotidianas y ofrecer nuevos referentes, derribando barreras de género, estereotipos corporales y de edad.

Historias de búsquedas... De pasiones y esfuerzos...

De nunca es tarde para empezar... De no renunciar al fueguito interior...

Historias para inspirar ser lo que queramos ser...

Les invitamos a disfrutar de estos cuentos olímpicos.

Seguinos en  [jacana.ar](https://www.instagram.com/jacana.ar)



SABER PARA CONTAR

GONZALO BONADEO



1

CUESTIÓN DE
MULTIPLICACIÓN

MARIANO
MASTROMARINO



2

LAS SEÑALES
DE LOS PIES

MARIELA
ORTÍZ



3

FORTALEZA
ANCESTRAL

JENNIFER
DAHLGREN



4

EL TAMAÑO
DEL PROYECTIL

GERMÁN
LAURO



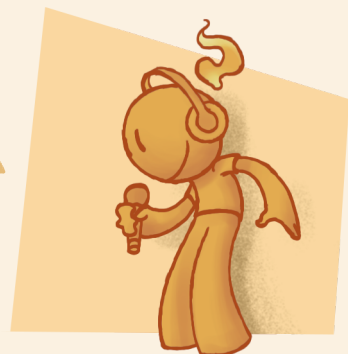
5

EL IMPULSO
DE VOLAR

GERMÁN
CHIARAVIGLIO

más historias atléticas...

SABER PARA CONTAR



¡Jugar al fútbol sin arcos no tiene gracia!, se quejó el delantero.
Es cierto, confirmó el defensor.
¡Yo así no juego más!, protestó el arquero.
Yo tampoco, se sumó el otro arquero.
¡Ni nosotros!, gritaron unos cuantos desde la otra punta de la cancha.
¡Sin arcos no hay partido!, anunció el referí apoyando a los jugadores.

Gonzalo no podía dejar que el equipo se sublevara, si ellos no jugaban él no podía relatar.

Yackie, escuchó la protesta, la pelota llegó rodando hasta sus pies y pensó que se había ido de la cancha por una jugada exagerada, pero cuando se acercó a devolverla vio los muñequitos desparramados en el piso.

Gonzalo intentaba armar los arcos uniendo lápices con cinta de papel, pero no lograba que se mantuvieran en pie. Su mamá consiguió un alambre grueso y le fabricó dos estructuras dignas de cualquier club de primera división. Después le tejó las redes al crochet con lana blanca y **¡listo!**

El gato se relamía por jugar con esas redes pero afortunadamente no quedaron a su alcance. El equipo ya no tenía excusas. Sonó el silbato y comenzó el primer tiempo.

Gran partido se juega esta noche, salen a la cancha Basile, Marzolini, Suñé. En el arco...

Una vez que el partido finalizaba Gonzalo anotaba en un cuaderno rayado el tanteador, el nombre de los goleadores y algún dato extra. Había aprendido a leer con la revista “El Gráfico” así que se sabía casi todas las formaciones.

Todavía le costaba escribir en letra cursiva oraciones como: **“Hoy es día de sol”** o **“Mi mamá me mima”**. Pero podía escribir de corrido: **“Perfumo se la pasa a Albrecht y ¡gol!”**

A medida que descubría deportes nuevos, más aburridas le parecían las frases que dictaba la maestra.

Su papá había regresado de cubrir como periodista los Juegos Olímpicos de Méjico y le había traído una pila de folletos con historias más interesantes que las del libro de lectura del colegio. En lugar de leer el cuento de la página treinta y hacer un dibujo como marcaba la tarea, Gonzalo prefirió leer el significado de los anillos olímpicos y después los dibujó. Los círculos le quedaron perfectos porque los marcó usando la tapita de una botella. Azul, amarillo, negro, verde y rojo. Su papá le dijo que estaba muy bien hecha la tarea, que seguramente había aprendido más que leyendo la historia de tres osos que tomaban sopa. Su mamá no estaba muy de acuerdo, le apuntó el cuaderno con el dedo índice y Gonzalo supo que más le valía hacer la parte de las sumas y las restas como pedía la maestra.



En clase la señorita Mimosa Linda les hacía repasar las letras practicando palabras.

-A ver quién me dice una palabra que tenga “.Ch” –decía y trataba de imitar el sonido como si fuera una chicharra que no puede arrancar, ch ch ch ch...

-¡Chocolate! –dijo Pepe.

-¡Muy bien! Pepe.

-Champions –propuso Ale mientras levantaba el pie para mostrar la zapatilla.

-¿Otra? Con “Ch” al medio o al final.

-¡Garrocha! –dijo Gonzalo.

-¿Ga qué? –preguntaron a coro.

Y Gonzalo les contó que la garrocha era como un palo largo que se usaba para saltar más alto que la puerta, más alto que la tapia y hasta más alto que el árbol de la entrada.

-¡Guau!

Ale quiso seguir preguntando pero la señorita Mimosa Linda hizo dos aplausos como para cerrar el tema.

-Bueno, bueno muy linda la explicación. Ahora palabras con J, la que suena más fuerte que la G de gato.

-Jirafa

-Muy bien Roberto, jirafa es con J.

-Gigante –dijo Jorge.

-No, esa es con G –corrigió la maestra.

-Pero si suena igual que jirafa, que es un animal gigante además –protestó Jorge.

-Mejor decí Jorge que es con J –le dijo Roberto, en un tono que a Jorge no le gustó nada porque pronunciaba la J como si quisiera a escupir.

-¡Jabalina! –siguió Gonzalo para cortar la discusión.

-¿Y eso qué es? –preguntó María Cecilia.

-Es la novia del jabalí, tontita –le respondió Roberto haciendo la mueca de revolear los ojos meneando la cabeza.

Y ahí Gonzalo aprovechó para contarles que la jabalina era como una lanza y que en los Juegos Olímpicos ganaba el que la tiraba más lejos, y que la técnica era muy importante y que...



La señorita Mimosa Linda pensó que era mejor pasar a los problemas de matemáticas si no quería que su clase se confundiera con la del profesor de Gimnasia. Otra vez hizo dos aplausos, dijo bueno, bueno y comenzó a leer: si tengo un cajón con veinte manzanas y le saco cinco...

Cuando salieron al recreo nadie quería jugar a la mancha, mucho menos a la ronda. **Todos querían conseguir palos para jugar a los deportistas olímpicos.** En el patio no había nada parecido a una jabalina, ni siquiera una rama de árbol, entonces a Gonzalo se le ocurrió que podían dibujar una pista en las baldosas para hacer carreras. Pero cuando estaba por marcar la línea de partida justo llegó Leo corriendo a toda velocidad. Traía un tesoro. Le había sacado el palo al escobillón de la portera.

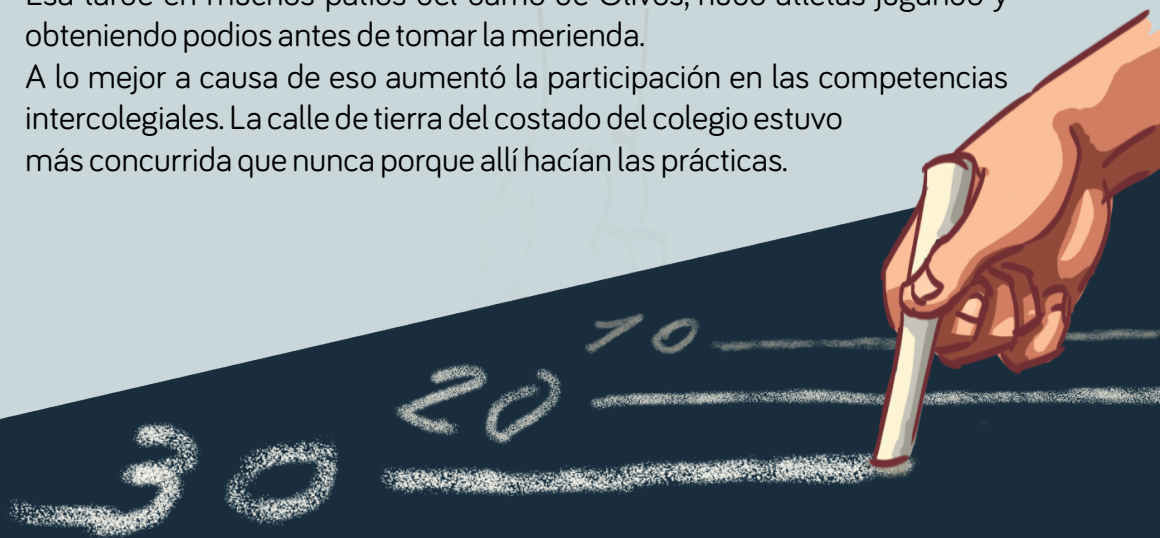
Se pusieron en fila y de a uno fueron lanzando la jabalina de madera. María Cecilia marcaba con tiza las distancias y Gonzalo iba relatando los lanzamientos. Los chicos de los otros grados se fueron acercando atraídos por el **clac clac** del palo contra el piso y los aplausos.

La fila para tirar la jabalina se fue haciendo cada vez más larga, Leo perdió la paciencia y dijo que los que no eran del grado se consiguieran su propio palo porque después tocaba salto con garrocha y si seguían sumando competidores se iba a terminar el recreo. Claro que hubo protestas y a alguien se ocurrió ir a acusarle a la directora.

Todos terminaron en penitencia, y Gonzalo y Leo tuvieron que ir a pedirle disculpas a la portera.

Esa tarde en muchos patios del barrio de Olivos, hubo atletas jugando y obteniendo podios antes de tomar la merienda.

A lo mejor a causa de eso aumentó la participación en las competencias intercolegiales. La calle de tierra del costado del colegio estuvo más concurrida que nunca porque allí hacían las prácticas.



Gonzalo se anotó en lanzamientos, la jabalina le costaba, el disco también pero le iba un poco mejor lanzando bala. También estaba en el equipo de voleibol del Centro Cultural Italiano.

El deporte era genial para hacer amigos pero sentía que no era bueno para ninguno porque ganar, no ganaba nunca. Todo lo que sabía, los reglamentos, las técnicas, las estadísticas estaban en su cerebro pero no bajaban a sus músculos. ¿Para qué tenía tanta altura, tanto cuerpo, si un caracol le ganaba en velocidad?!

Casi todos los fines de semana su papá tenía que trabajar en eventos deportivos. Gonzalo iba con él y cuando lo perdía de vista aprovechaba para inmiscuirse entre deportistas. Quería ver de cerca el ritual de concentración, ver cómo se ataban los cordones, cómo precalentaban, qué comían. Creía que si él aplicaba alguna de sus técnicas podría mejorar y por fin ser bueno en algún deporte.

Pero el tiempo pasaba y la transferencia parecía no funcionar.

Entrenaba duro, les copiaba el modo de atarse los cordones, se miraba al espejo para imitar los gestos y después decía **¡Vamos Gonzalo! ¡Vamos Gonzalo!** así como se alentaban ellos antes de la competencia.

Después, cuando lo dejaban en el banco mientras el resto jugaba o cuando quedaba penúltimo en las clasificaciones, se sentía frustrado y pensaba que al final saber tanto de deportes no le servía para nada.





Hasta que llegaba el lunes y le nacía la sonrisa cuando veía que sus compañeros y compañeras hacían una ronda en el curso con los bancos. Le pedían que contara, que les hablara sobre las competencias. Era un rito de cada lunes.

Gonzalo sabía fabricar imágenes con palabras. Las chicas se emocionaban cuando les decía que alguna atleta había roto un record, Roxi había empezado a soñar con su propia medalla. Hasta la preceptora se quedaba apoyada en el marco de la puerta escuchando y se olvidaba de tomar lista.

Entonces se le ocurría que en realidad no era malo practicando deportes, era bueno aprendiendo deportes. Y si podía provocar sentimientos con palabras era porque su cuerpo sí sabía de qué se trataba.

Y a lo mejor en una especie de magia, su voz se transformaba en el eco que se desprendía del esfuerzo de cualquier atleta, y para que eso sucediera había que saber contar.

Y le entraban unas ganas bárbaras de seguir hablando, hasta que entraba la profesora, hacía dos aplausos y decía:

– Bueno, bueno, que esto no es un programa de deportes... abran el libro en la página ciento ocho.



[Cualquier parecido con la realidad, es puro cuento]



GONZALO BONADEO

Gonzalo Diego Bonadeo es un periodista y comentarista deportivo argentino. Nació el 6 de enero de 1963 en la ciudad de Buenos Aires. Hijo del también periodista Diego Bonadeo, se destaca por su conocimiento de las más variadas disciplinas deportivas. Desarrolló su carrera en diferentes medios gráficos como La Nación, El Gráfico, Olé y Perfil. Tiene una amplia trayectoria en televisión. Desde 1994 se encuentra trabajando en TyC Sports, señal para la que cubrió los principales acontecimientos deportivos a nivel mundial. Conductor de los Juegos Olímpicos, los Juegos Panamericanos, la Copa Davis, ATP de Buenos Aires, entre otras competiciones. En febrero de 2016 empezó a conducir #Bonadeo, su propio ciclo que se emite todos los domingos al mediodía, por TyC Sports. Además es conductor de El buscador en red, un ciclo de entrevistas a destacadas figuras del espectáculo, el deporte, la cultura que se emite por la señal de la Televisión Pública Argentina. Fue nominado en reiteradas ocasiones a los Premios Martín Fierro, resultando ganador cuatro oportunidades: Juegos Olímpicos Pekín 2008, Copa Davis 2009, Planeta Bonadeo y Mundial de Fútbol Sudáfrica 2010. Obtuvo el Premio Konex-Diploma al mérito en 2007 y 2017, entre otras distinciones.

! Podés seguirlo en @gonbonadeo1963



ANALÍA JUAN (CÓRDOBA 1975)

Estudió Recursos Humanos pero desde el año 2006 en que comenzó a participar de talleres literarios abandonó la profesión y ya no se despegó de la literatura. Ha publicado: Un génesis y muchos Apocalipsis, Ronquisueños, Paulina despeinada, Intercambio de cucos, Garratimbó, entre otros. Coordina talleres literarios para niñ@s y adult@s.

JULIO ENRIQUEZ (JESÚS MARÍA 1982)

Artista plástico, ilustrador y carnavalero.

Desde niño dibuja en papeles, papelitos y en las paredes del colegio.

Esta pasión le permitió experimentar, combinar y poner en diálogo diferentes técnicas artísticas como pintura mural, ilustración, escenografía y escultura.

Participa en diferentes proyectos culturales junto a otr@s artistas y gestores.



Cuentos olímpicos.

Seis historias de atletas que se ponen la camiseta

Analia Verónica Juan, textos
Julio Sebastián Enriquez, ilustraciones

Soledad Castillo y Rayén Enriquez, diseño y diagramación

Libro digital. Primera Edición 2021
ISBN: 978-987-88-1458-2